

## TRES PROFETAS POLITICOS FRANCESES BODIN, TOCQUEVILLE, SAINT-SIMON

Por el Prof. Jean SIROL \*  
Agregado Cultural de la Embajada de Francia en México.

JEAN BODIN

No es nuestra intención hacer una exposición completa de la obra de Bodin, no sólo por la limitación del tiempo de que disponemos, sino también por ajustarnos al tema general de estas conferencias, es decir, al interés actual de las doctrinas de tres grandes autores franceses. Pero aún con esa limitación, nuestra tarea es difícil, porque Bodin es uno de los grandes pensadores de la historia. Su erudición es comparable a la de Erasmo, Montaigne y Montesquieu. Posiblemente, dice Gonnard, es superior a ellos. Los seis volúmenes de "La República", publicados en 1576, su obra más importante, han sido justamente calificados de verdadera "enciclopedia".

Bodin se interesó fundamentalmente en la política, de la cual trata de conocer las leyes, pero ello no le impidió escribir e interesarse en la filosofía de las religiones, la astrología, la hechicería, la magia de los números... Nacido en Angers, en 1530, y muerto en 1596 supo compaginar un trabajo intelectual muy intenso con el ejercicio de las más diversas actividades, tales como Profesor de Derecho, Magistrado, Consejero de Estado, Procurador General, Diputado.

Pero, posiblemente, más que todo esto, fue en realidad un reformador social animado de un poderoso humanismo greco-latino en medio de un mundo de guerras y de fanatismo religioso. Defensor encarnizado de la paz y de lo que más tarde se llamará la tolerancia, fue al mismo tiempo un enemigo implacable de la tiranía y del cinismo preconizados por Maquiavelo. Pero para hacer brillar realmente sus méritos, es necesario analizar con precisión el ambiente en el cual vivía y escribía Bodin.

---

\* Conferencias dictadas por el autor en el aula Jacinto Pallares de la Facultad de Derecho de la U.N.A.M., los días 7, 14 y 21 de febrero de 1963.

*El ambiente.*—A medida que lo estudiamos, comprobamos con asombro, su gran semejanza con el de nuestra época.

a). En el plano *geográfico*, el espacio humano se amplía considerablemente en el siglo XVI, al igual que en nuestros días: Magallanes realiza por primera vez la vuelta al mundo en 1520; el “Sputnik” gira en torno a la Tierra en 1961. Ambas hazañas gracias a nuevos inventos técnicos. En el siglo XVI, es la brújula, y procedimientos revolucionarios en la construcción marítima que permitieron substituir con la carabela (primer navío de alto bordo) a las pequeñas embarcaciones de navegación costera, la imprenta, la pólvora, invenciones que hallaron su equivalente en nuestros días en el radiogoniómetro, los metales livianos empleados en el avión de retropropulsión, la máquina electrónica, la disgregación del átomo...

b). En el plano filosófico y espiritual nos encontramos en pleno Renacimiento. El espíritu crítico ataca a toda la estructura del pensamiento humano sin ningún respeto a las tradiciones. Los intelectuales se rebelan contra la autoridad temporal y espiritual. El hombre pretende gozar de una independencia total. La Antigüedad se restablece con la exaltación del culto al individuo, al héroe, al triunfador. La moderación medieval es substituida por la audacia. La contemplación cede su puesto a la acción. El progreso de las ciencias, los grandes triunfos del hombre sobre la Naturaleza, hacen estallar su orgullo. Los jóvenes se sienten atraídos por las ciencias que procuran aplicaciones prácticas. Las investigaciones científicas ya no son desinteresadas. El Papa, precediendo a Juan XXIII, reúne el Concilio Ecuménico en Trento, en 1545, para adaptar la religión a los nuevos lineamientos.

En el plano espiritual, la reforma protestante con Lutero y Calvino crea al mismo tiempo, en los comienzos del siglo XVI, un ambiente muy favorable para el desarrollo de las nuevas ideas y del espíritu crítico. Al poder absoluto del Papado que pretendía dirigir y controlar al hombre, le substituye el libre examen. El dogma y sus obligaciones desaparecen. El espíritu humano se libera de sus ligaduras y puede así escudriñar libremente el universo.

Esas tendencias filosóficas y espirituales van a pesar con fuerza sobre la Política.

c). En el plano político es también donde, una vez más, las semejanzas con nuestra época son asombrosas. Las luchas externas e internas de una enorme violencia, constituyen el carácter dominante. En el exterior, se produce en primer lugar la Guerra de los 100 Años que devasta el continente. Francia se salva del desastre gracias a un general: Du Guesclin. Luego estalla la no menos sangrienta contienda entre la Francia de Francisco I y

lo que será más tarde Alemania, aquello que constituía entonces el Imperio de Carlos V.

En el interior, las guerras religiosas van a ensangrentar a Europa durante los siglos xv y xvi. La espantosa matanza de San Bartolomé se produjo en 1572. La de Dachau Ravensbrück en 1942.

Ahora bien, no olvidemos que desde 1914 hasta 1963 las armas de fuego no quedaron reducidas al silencio en ningún momento en tanto que el fanatismo político-religioso nunca se mostró más floreciente. Raymond Aron, en su reciente obra dedicada al estudio de la época actual, escribe que el fanatismo religioso es una de sus características dominantes.

d). En el plano social profundas modificaciones se hacen sentir como consecuencia. El descubrimiento de nuevos espacios. Las guerras, el alza de precios. El propietario de bienes inmuebles cede la plaza a los banqueros a los hombres de negocios o los traficantes. Inmensas fortunas se crean rápidamente en medio de una gran miseria de las masas. Los nuevos señores de las finanzas se lanzan a especulaciones todavía más peligrosas que las de los príncipes y su poderío es aún más temible.

Y es en este ambiente agitado, revuelto, en esta fase crítica de evolución de las sociedades, según expresión de Saint Simon, cuando Bodin ha escrito su obra, esa obra inmensa que nosotros examinaremos bajo su aspecto sociológico, jurídico y económico.

*Obra sociológica de Bodin.*—La teoría de los climas. Bodin fue probablemente el primero en afirmar la existencia de leyes naturales que gobiernan la naturaleza la cual, a su vez, ejerce una influencia muy importante, él no dice “determinante”, sobre los individuos y la sociedad. Cada pueblo tiene sus normas de vida, así como instituciones que dependen de su clima considerado bajo su triple aspecto de latitud, altitud y vientos.

1). Los pueblos del Norte que viven en países fríos, dominados por la Luna y por Marte, son castos, guerreros y trabajadores.

2). Los pueblos del mediodía que habitan en países cálidos, dominados por Venus, muestran inclinación al amor y a la filosofía.

3). Los pueblos que viven en regiones templadas, dominadas por Júpiter, son razonables y opinan que “una sola mujer proporciona bastantes quebraderos de cabeza para atreverse a tener varias”.

Pero, al mismo tiempo que la latitud, la altitud juega un papel importante y también los vientos. Finalmente, los caracteres de los pueblos y sus instituciones políticas no dependen únicamente de su voluntad ni de la del príncipe, sino de elementos naturales exteriores al hombre. Razón por la cual cada pueblo debe tener una constitución política propia, pues un siste-

ma que es bueno para una nación no lo es igualmente para otra. Además el hombre no se modifica sino con grandes esfuerzos y vuelve rápidamente a sus tendencias materiales. Todas las revelaciones confirman esta afirmación.

He ahí una primera aportación de gran interés a la teoría del determinismo político. Es evidente el progreso realizado en la concepción del platonismo que considera un Estado estructurado únicamente por la voluntad del príncipe y en función de cierto criterio lógico. Después de Bodin, el camino está abierto para Turgot, Condorcet, Comte, Marx, Taine. Sin embargo, más que un filósofo político, Bodin es un jurista que mantendrá vivas discusiones con otro gran profesor de Derecho: Cujas.

Sigámosle en ese camino y veamos su obra en materia de Derecho Público.

*Obra de Bodin en materia de Derecho Público.*

a). El propósito del Estado.—Para nuestro autor, el propósito que persigue el Estado no debe ser el maximum de felicidad material de los individuos, sino el maximum de justicia. La política no debe ser concebida y determinada sin contar con la ley moral. Las dos están íntimamente ligadas. En consecuencia, Bodin se opone francamente a la corriente utilitaria materialista representada por Aristóteles, Maquiavelo, Hitler y aparece, en cambio, como decidido partidario de la corriente espiritualista representada por Platón, Saint Simon, Proudhon. Pero, también aquí Bodin surge como un precursor y un profeta: en el interior, los errores, en ocasiones los crímenes, de los Estados totalitarios y, en el exterior, las luchas entre los grandes imperios, muestran hasta la evidencia que cuando la política no está basada sobre conceptos morales tiene que basarse únicamente sobre la fuerza, es decir, sobre la barbarie, con el grave riesgo en nuestros días, dada la potencia de las armas destructoras, de provocar la desaparición total de la humanidad. Tengamos pues el valor de reconocerlo y de proclamarlo: un Imperio, ya sea teocrático o de tipo popular, si no respeta la ley moral tal y como lo ha precisado Bodin, es un salvaje o un bárbaro cualesquiera que sean las razones y los pretextos que invoque para justificar sus actos.

b). Los medios del Estado.—Es precisamente tratando esta cuestión cuando Bodin se manifiesta más original y más lleno de interés, dándonos a conocer su teoría de la soberanía.

Ninguna sociedad puede subsistir, nos dice, sin un poder absoluto e indivisible. Absoluto, es decir, que reúna todos los atributos de la soberanía: derecho de ejercer la justicia, de cobrar impuestos, de acuñar moneda, de declarar la guerra sin que ninguna otra autoridad pueda oponerse.

Absoluto, el poder debe ser indivisible. Contra Montesquieu y su teoría de la división del poder, contra todas las concepciones democráticas, Bodin afirma que la autoridad no debe ser repartida porque, según él, toda división de la autoridad entre varias cabezas dirigentes provoca disensiones y priva de su eficacia al poder. Además, de esa división de la autoridad surgirán inevitables disputas porque cada uno de los detentadores querrá aumentar su parte de autoridad *en detrimento de los demás*. Y en este juego, es el bien público el que resulta finalmente sacrificado. Ahora bien, leyendo ciertos pasajes de "La República" se tiene la sensación de oír el último discurso del General De Gaulle enseñando los males provocados por los partidos en Francia durante los treinta años últimos y justificando el poder personal.

Las Democracias más efectivas fueron en el siglo XIX. Sin ninguna duda los Estados Unidos e Inglaterra, países en los cuales el Poder Ejecutivo fue sumamente fuerte y los partidos sumamente débiles, los países como Francia, como Italia, como en España Republicana, en los cuales como lo dirá Tocqueville se ha hablado mucho de libertad, pero se ha dado muy poca igualdad social, fueron países de repartición y de división de la autoridad entre múltiples partidos políticos.

A este respecto debemos analizar los hechos con absoluta objetividad. Los éxitos económicos y sociales del nazismo, del fascismo, de la economía soviética son debidos al sistema de la supresión del reparto de la autoridad y de los partidos políticos. Las inmensas dificultades con que tropiezan las democracias para aplicar los planes, proceden siempre en su origen de la repartición de la autoridad. Por el contrario, su facilidad de ejecución en los regímenes totalitarios es el resultante de la existencia de una sola autoridad soberana. Pero, precisamente, si la soberanía es absoluta e indivisible, ¿no existe entonces el riesgo de caer en la tiranía? ¡No!, responde Bodin, porque la soberanía absoluta e indivisible debe tener sus límites.

- a). *Límite moral ante todo*. El Príncipe debe respetar escrupulosamente la ley moral. Contrariamente a Maquiavelo, a quien desprecia, Bodin afirma la legitimidad del principio del respeto a los tratados, a los compromisos de honor bajo palabra.
- b). Estas limitaciones morales son reforzadas por las limitaciones sociales. En efecto, existen instituciones naturales en la sociedad: la familia y la propiedad que poseen derechos anteriores a los del Estado y constituyen por ellas mismas barreras legítimas ante la ingerencia exagerada del Estado. El comunismo de Platón, de Campanella y de Tomás Moro, es contrario a los derechos naturales.

Todas las experiencias contemporáneas han demostrado que, efectivamente, cada vez que la ley moral, la familia y el derecho de propiedad han sido violados o suprimidos, los derechos del individuo en particular, la libertad, han desaparecido. Con nuevos pretextos la tiranía se ha restablecido y se ha vuelto a la barbarie que se creía abolida para siempre. Pero esto no quiere decir, evidentemente, que la propiedad no pueda ser modificada con un sentido más favorable de la justicia y del interés de la colectividad. Se niega únicamente al Estado la facultad de violar la moral y de suprimir por completo el derecho de propiedad y se afirma que sin éstos el individuo queda entregado sin defensa al tirano: emperador, rey o dictador de las democracias populares. Todas las verdaderas democracias buscan una fórmula de conciliación que respete los derechos inalienables del individuo, pero dando a la sociedad la posibilidad de defender los intereses de las masas. Encontramos un magnífico ejemplo en la Constitución Mexicana que reconoce la propiedad privada al mismo tiempo que declara que el Estado puede imponer a la propiedad la modalidad impuesta por el interés público.

- c). A los límites morales y sociales se agregan finalmente los límites políticos, el más fuerte de los cuales será constituido por los "organismos intermediarios" de que hablará Tocqueville tres siglos más tarde, calificándolos de "contrapeso". Son las municipalidades, los Estados Generales, los Estados provinciales, que no solamente dan consejos y frenan la soberanía porque son escalones intermediarios entre la autoridad central y el pueblo del cual son emanaciones directas, sino que son elementos vivientes de contacto entre el soberano y los ciudadanos. No obstante, el Estado es superior a ellos, que existen gracias a su autorización. Pero al mismo tiempo surgen asociaciones profesionales, sindicatos diríamos hoy, considerados por Bodin como organismos útiles. Se trata, desde luego, de instituciones creadas por el hombre y no de origen natural, como la familia o la propiedad, pero que pueden ser igualmente peligrosas si rompen la unidad del organismo social y crean divisiones en el Estado, el cual por lo tanto, debe controlarlas pero no suprimirlas; sin ellas podría convertirse en un tirano. Toda la historia de los sindicatos luchando por defender los derechos legítimos de los obreros contra el Estado burgués del siglo xx, de ningún modo conforme a la idea del soberano justo y moral de Bodin, sino provocando destrucciones económicas y frenando la producción, es decir, finalmente militando contra los intereses que desearían sinceramente servir, está inscrita

en las proposiciones de Bodin. El inmenso poder de los sindicatos americanos en 1963, anulando la autoridad del Parlamento y del Ejecutivo, y por consecuencia, llevando su unión y su eficacia hasta el logro de un auténtico poder, es también previsto por Bodin en 1563, es decir, con una anticipación de cuatro siglos. En fin el Parlamento, que únicamente aconseja, porque no tiene la autoridad, que pertenece al soberano, constituye un último límite. Su misión de aconsejar es mucho más importante de lo que se cree, porque, dice Bodin, un mal príncipe con un buen consejo es preferible a un buen príncipe con un mal consejo. Pero el mejor medio de impedir todos los excesos es realizar la justicia aumentando la riqueza, multiplicando los bienes económicos y practicando una buena política fiscal. Abordamos aquí el problema económico que nuestro autor va a tratar con autoridad y talento.

*Obra económica.*—La teoría de la moneda está magistralmente expuesta en “Respuesta a las paradojas de Mallestroit.” Otros autores habían tratado de la moneda antes que Bodin, en particular Orosme pero ninguno con tanta autoridad. El hecho predominante era entonces como hoy el alza de precios, que habían aumentando alrededor de 5 veces entre 1500 y 1550, como resultado de la afluencia de metales preciosos, consecuencia del descubrimiento de las minas de Perú y México. Tal como hoy, la opinión pública no comprendía bien el fenómeno. Del alza de precios se hacía responsable al Estado o a los acaparadores. Un hombre muy importante, Mallestroit, maestro de Cuentas, publicó en 1566 un pequeño libro titulado “Paradojas”, a propósito de la moneda y del encarecimiento de todas las cosas. Explicaba que el alza era aparente y no real, porque había disminuido la cantidad de metal precioso contenido en cada unidad monetaria, siendo normal dar más de cada una para comprar la misma mercancía, porque en realidad se daba siempre la misma cantidad de metal precioso.

Bodin demuestra, al contrario, que el encarecimiento es real y que cada mercancía cuesta no solamente más de la unidad monetaria, sino también más de metal precioso. Descubre el fenómeno de la inflación y expone por vez primera la teoría cuantitativa de la moneda. Muestra juiciosamente cómo la multiplicación de los medios monetarios es mala desde el punto de vista social; que es un factor de injusticia y que si permite enriquecerse rápidamente a los hombres de negocios, provoca grandes miserias en las masas y constituye un robo tanto para los que ahorran, como para los asalariados, puesto que los salarios no suben como los precios. Demuestra por otra parte, y

esto no sin semejanza con lo que hoy nos preocupa, que el alza de precios es debida muchas veces a la política de los monopolios. Los que detienen las fuerzas de producción venden a precios sin relación con el costo de producción. El público está obligado a aceptar esos abusos puesto que no dispone de lo que Marx llamará los medios de producción.

En fin, Bodin comprueba, y esto es hoy día de un innegable interés, que el alza de ciertos productos puede ser debida a la desigualdad de las capacidades de adquisición, y que la fantasía de los ricos haría evaluar la producción en un sentido desfavorable a la economía del país. Estas consideraciones presentan un gran interés en un país como México donde el rápido crecimiento económico ha provocado grandes desigualdades en los ingresos.

Esta teoría económica de Bodin trae consigo naturalmente una cierta política económica. Para nuestro autor, la política comercial debe ser liberal, porque el libre cambio de mercancías entre las naciones está basado en las necesidades naturales. Cada país tiene aptitudes esenciales, un clima, un suelo favorable a ciertas producciones, pero esas diferencias naturales obligan a intercambios que permiten satisfacer en mayor grado las necesidades de cada uno de los participantes. De qué sirve a un país tener mucho trigo y poco vino, y a otro tener mucho vino y nada de trigo. El libre intercambio satisface los intereses de todas las naciones dando a cada uno al mejor costo aquello de lo cual no dispone por naturaleza y asegurando los precios más bajos.

Util económicamente y moralmente, el libre intercambio está igualmente fundado en las necesidades morales. Es justo repartir entre todos los habitantes del mundo las riquezas que la naturaleza ha colocado al azar en ciertas naciones. Rechazar el intercambio de lo que se posee es un crimen contra la humanidad. Fue necesaria la aparición del magistral estudio de Francois Perroux, "La Coexistencia Pacífica" para que las afirmaciones de Bodin fuesen repetidas en todos los rincones del planeta.

Util económicamente y moralmente el libre intercambio tiene al fin un papel político. En efecto, establece entre las naciones no solamente contactos, sino una verdadera fusión de los pueblos y de las civilizaciones y contribuye a crear una conciencia universal. Al leer esas páginas de la "República" se cree tener entre las manos el primer memorándum preparando al término de la Primera Guerra Mundial lo que fue la Sociedad de las Naciones y después las Naciones Unidas. Pero Bodin, hombre razonable, intuye los peligros de un libre intercambio absoluto y acepta que se pongan límites que permitan defender los centros nacionales de producción y desarrollarlos dentro de ese marco. No objeta que se limite la exportación de materias primas,

y que al contrario, se facilite su importación para que cada país pueda ganar en el proceso de transformación de la materia prima en producto fabricado. Con cuatro siglos de anticipación, es la justificación de las legítimas reivindicaciones de la América Latina para obtener su equipo industrial y en particular, de la política mexicana de hoy.

Esta política económica tiene una prolongación en la política social. El príncipe debe asignar límites a las fuerzas individuales. No es que Bodin se proponga llevar a cabo la igualdad entre todos los ciudadanos porque eso sería artificial e imposible de realizar por completo.

El colectivismo integral es negativo. Por el contrario demasiada desigualdad es peligrosa, tanto desde el punto de vista político como del económico. El príncipe deberá emplear todo su esfuerzo para desarrollar una clase media. Su política fiscal le ayudará. Sin duda, el impuesto es un golpe al derecho de propiedad. Se necesitará pedir el consentimiento de todos los ciudadanos, pero todo el mundo deberá contribuir al impuesto en la medida de sus recursos, y mucho antes de los sistemas fiscales modernos, plantea al principio de la declaración, para cada ciudadano, de sus bienes y de sus entradas, al mismo tiempo que la exención para los pobres. Ve perfectamente la incidencia del sistema fiscal sobre la economía y condena los impuestos que paralizan el trabajo y disminuyen el rendimiento. Por el contrario, no hace ninguna objeción a que se establezcan impuestos elevados sobre el lujo inútil.

Tendremos que esperar el fin del siglo XIX para tener una exposición correcta de la teoría del sistema fiscal sobre la economía.

## ALEXIS DE TOCQUEVILLE

Alexis de Tocqueville nació en 1805, en el seno de una familia de hidalgos normandos, monárquicos y católicos. Su madre fue una Malesherbes, y su padre, que escapó por poco del patíbulo, durante la Revolución, actuó como prefecto durante la Restauración.

El joven Tocqueville quería ser magistrado, pero pronto le interesó el estudio de las ciencias humanas y de las ciencias políticas. De allí su idea, so capa, de ir a estudiar el régimen penitenciario de los Estados Unidos, de hacerse conferir en 1831 una misión en dicho país. Tal fue el origen de su viaje al Nuevo Mundo y de la primera parte de su obra fundamental: *La Democracia en América*, que apareció en 1835. El segundo volumen, no saldría sino hasta 1840. Esa obra, traducida inmediatamente a varios idiomas y editada varias veces, hizo, de este joven juez suplente del Tribunal de Versalles, un hombre célebre ante el cual se abrieron, en 1831, las puertas de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, y en 1841 las de la Academia Francesa.

Convencido de que un ciudadano digno de tal nombre debe contribuir al bien público, se presentó a las elecciones en 1839 y fue electo diputado a los 34 años de edad. En 1849 era Ministro de Relaciones Exteriores en el Gobierno Barret, aunque el despotismo del Emperador Napoleón III le subleva, razón por la cual, después del golpe de Estado del 2 de diciembre, dimitió.

Como era de esperarse, este sabio de recta conciencia y de sentimientos particularmente elevados, resulta desilusionado por la vida política. En primer lugar por sus colegas: "Las bajezas que tenemos ante nosotros, provienen de que los hombres que entran en la política carecen de fortuna y temen la ruina si dejaran esa ocupación..." Por otra parte, sus grandes cualidades no aparecen en el recinto del Parlamento. Orador mediano, temía tomar la palabra en la Cámara, donde él no obtenía el mismo éxito que como escritor. Los discursos políticos lo decepcionan. "La verdad, decía, es demasiado el precio para someterla al azar de un debate"; si bien, el desdén que el Parlamento le inspiraba, no provenía, como se ha dicho injustamente, de su temperamento aristocrático. Es un demócrata sincero, aunque se irrita contra los

políticos que “doran la píldora”, los Arnolphes de la política, los exaltados que del “manicomio” escaparon de sus guardianes... Mas desea el bien público, y en particular el de los pobres.

Después de visitar Londres, escribió: “Por una parte la esclavitud, de la otra el amo; allá las riquezas de algunos, aquí la miseria de los más. El esfuerzo de una multitud, produce el provecho de uno solo. Es la debilidad individual, más desposeída aún que en medio de un desierto. Es en esta cloaca infecta, donde el más grande río de la industria humana tiene su fuente, y de donde parte a fecundar al universo; de esta alcantarilla inmunda, el oro puro se escurre y el hombre civilizado se torna nuevamente casi salvaje.” Pero no nos equivoquemos, partidario de las reformas sociales, está contra las revoluciones violentas: “Los revolucionarios, escribe, son hombres que carecen de sentido histórico, ignoran profundamente al hombre, las necesidades, las pasiones, los vicios inherentes a su naturaleza, inmutable como es.” Fourier dirá la misma cosa en su famosa frase: “La violencia es prueba de falta de inteligencia.” Pero su sentido social lo anima siempre: “Es natural creer, que lo más satisfactorio a los ojos del Creador no es la prosperidad de algunos, sino el bienestar de todos.” En razón de tal posición, se ha querido hacer de Tocqueville un hombre de partido. El mismo ha respondido: “Se desea hacer de mí un hombre de partido, y no lo soy. Me son atribuidas pasiones, y no tengo sino opiniones”.

Cuando en 1859 fallece en Cannes, después de haber escrito *El viejo Régimen y la Revolución* y *Viajes a Inglaterra, Irlanda, Suiza y Argelia*, su obra mostrará la verdadera personalidad de Tocqueville, quien ante todo fue un científico, un doctrinario político, lo que veremos en la primera parte, con unas aplicaciones prácticas —unas visiones proféticas que estudiaremos en la segunda parte.

### *1. El Doctrinario Político.*

El hombre de ciencia, señala desde un principio sus conceptos en relación con la ciencia social y la evolución de las sociedades: “Existen leyes fundamentales, sentimientos y hombres que no cambian. En medio de la diversidad aparente de las actividades humanas, no es imposible encontrar un pequeño número de hechos generadores, de los cuales dependen todos los otros.” Mucho antes de Comte y de Taine, estaba ya, planteado el problema del determinismo histórico y sentada la afirmación de la existencia de leyes históricas. “No tengo ilusiones en cuanto a la influencia de las leyes sobre el destino de los pueblos. Es a causas más generales y más profundas, a las

que hay que atribuir los grandes acontecimientos del mundo"; pero si él observa fuertes influencias y el acondicionamiento de los hechos no es determinista en el sentido marxista, y en esto se aproxima a Bodin. "No ignoro, escribe, que muchos de mis contemporáneos han pensado que los pueblos jamás son árbitros de sí mismos y que ellos obedecen necesariamente a fuerzas insuperables e incomprensibles que nacen de hechos anteriores, de la raza, del suelo o del clima. Son falsas y flojas doctrinas. Depende de las naciones, que la igualdad las conduzca a la servidumbre o a la libertad; aún influidas por el medio, las naciones permanecen libres en su destino".

Sería tal destino, el que él iba a estudiar en su obra fundamental, *La Democracia en los Estados Unidos*, exponiendo lo que podría ser llamado su "teoría de la democracia." Es esa la parte más importante y la más original de su obra. La idea general es allí la de que el advenimiento de la democracia, de la cual el carácter fundamental es la igualdad, es fatal, providencial y universal. Es eso lo que demuestra la historia. Esta revolución irresistible que marcha desde siglos a través de todos los obstáculos y a la que se ve aún hoy avanzar por sobre las ruinas que ella misma ha producido. Los hechos y los hombres han contribuido a su progreso.

Los privilegios de los señores feudales y de los aristócratas son aplastados poco a poco por la voluntad de los reyes y por la evolución económica. Todo tiende a realizar la igualdad de todos los ciudadanos. Los terratenientes tienen cada día menos importancia. Surgen nuevas fuentes de riquezas y las grandes fortunas mobiliarias limitan la importancia de las primeras; incluso en los campos de batalla los nobles y los villanos combaten con las mismas armas de fuego, mientras que antes eran sólo los nobles quienes poseían estas armas. Pero el movimiento es mucho más profundo y más amplio. La imprenta y la educación pública le quitan a la minoría los privilegios del saber y permiten a todos subir en la escala social.

Esta evolución material ha sido grandemente impulsada por la evolución espiritual en razón de la capilaridad social.

En efecto, en el seno de una sociedad regida por el sistema de castas, toda una parte de la población acepta la no existencia de la igualdad, porque sabe que hay barreras infranqueables. Pero por lo contrario, dentro de un régimen de igualdad política, donde cada ciudadano siente que él puede ascender, "una verdadera pasión se apodera de todos. La buscan, le quieren con ardor violento, eterno, invencible. Si no pueden obtenerla, la quieren en la pobreza, en la esclavitud; pero no aguantan la desigualdad. Se privará de las satisfacciones más simples, comprendida entre ellas la de tener muchos hijos, con tal de subir en la escala social." Tanto los hechos como los

hombres contribuyen a realizar la igualdad. Este fenómeno providencial conlleva desgraciadamente un peligro grave, *que es el exceso del individualismo*. Cuando se habla del individualismo de Tocqueville, es preciso explicarse: él es partidario de un individualismo en el sentido elevado del término, es decir, de la dignidad del hombre, del valor moral del individuo; pero está contra el individualismo materialista egoísta de la soledad, exactamente en verdad, lo que ha sido blanco del ataque de los regímenes totalitarios de ayer y de hoy, que han ensayado desarrollar el sentido social.

Este individualismo es un mal típicamente democrático. ¿Por qué? Porque en la monarquía aristocrática, cada hombre está siempre ligado de manera muy estrecha a otros de sus conciudadanos, de suerte que no se podría atacar a aquél sin que los otros no corrieran en auxilio suyo y los unos daban ayuda y protección a los otros. En tanto que en nuestras democracias cada individuo está naturalmente aislado y no cuenta con "amigos hereditarios" de los cuales pueda exigir ayuda y protección. "La igualdad rompe las cadenas y aísla a cada uno de sus eslabones; separa al hombre de sus contemporáneos." Tocqueville concluye: "La igualdad devuelve sin cesar al individuo a sí mismo, y amenaza con encerrarlo por entero en la soledad de su propia conciencia." Este individualismo criticable moralmente, lo es aún más en el plano político, porque es el que engendra el mal mayor de las democracias: "el despotismo." Todo impele a las democracias al despotismo, y nuestro autor escribirá: "Yo creo que es más fácil establecer un gobierno absoluto y despótico en un pueblo del que las condiciones son de igualdad, que en otro de distintas características. El despotismo me parece, pues, particularmente de temer, en las edades democráticas. En la mayor parte de las naciones modernas, cualesquier que sean su origen, su constitución y su número, el soberano se vuelve casi todo poderoso y los particulares caen, de más en más, en el último grado de la debilidad y de la dependencia." Esta tiranía, este despotismo han llegado por el siguiente camino: "Hemos destruido las existencias individuales que podían oponerse cada una a la tiranía. El Gobierno heredó sólo de todas las prerrogativas arrancadas a las familias, corporaciones, hombres, etc. . . . A las fuerzas tal vez opresivas, pero conservadoras de algunos, hemos substituido la debilidad de todos".

¿Cómo se manifestó esta tiranía, este despotismo? Lo expresa Tocqueville en el más famoso capítulo de la *Democracia* titulado: *La omnipotencia de la mayoría en los Estados Unidos* con el subtítulo: *Tiranía de la mayoría*: "La afirmación que la mayoría de un pueblo tiene el derecho de hacerlo todo es equivocada. Esto no constituye una contradicción con la otra afirmación

de que la fuente de todos los poderes se encuentra en la voluntad de la mayoría, porque por encima de todo existe la Justicia”.

“En los Estados Unidos, la tiranía de la mayoría, dice Tocqueville, es espantosa. Se extiende hasta sobre el pensamiento. En Europa, los soberanos más absolutos, reyes o emperadores nunca han podido ejercer una tiranía tan absoluta como la de que dispone la mayoría en una democracia.” No es posible dejar de recordar la afirmación de Montesquieu, a saber: que las democracias degeneran en demagogia y ésta en tiranía. ¿Por qué este despotismo se realiza dentro de los sistemas democráticos? Tocqueville va a demostrarlo en forma sorprendente. Todo, dice él, conduce a ello, las ideas y los hechos.

*Las Ideas.*—Los revolucionarios, bien se vio en 1789, predicaban todos ellos a favor de un poder único y central que es ejercido sin intermediarios entre el Estado y el individuo. Todos los cuerpos intermediarios, en particular asociaciones (Ley Le Chapelier) son suprimidos. Ello parece una consecuencia fatal de la idea igualitaria democrática. En la cúspide, un Estado todopoderoso; abajo, una multitud de ciudadanos uniformes. El Estado es cada vez más grande, el individuo a cada momento más pequeño. El recuerdo de las desigualdades aristocráticas, acelera el movimiento. El odio al privilegio, hace que los ciudadanos a nadie deseen tener, individuos o grupos, por encima de ellos, como no sea al Estado.

Taine también escribirá: “Después de 1789, no quedan más que 26 millones de individuos iguales y desnudos. Ninguna materia ha ofrecido menos resistencia a menos dura y violenta”.

*Los Hechos.*—La evolución industrial refuerza el movimiento. Los ciudadanos convertidos en libres, se interesan en primer lugar en sus propios asuntos, para aumentar su riqueza material, de manera egoísta. Se desinteresan del Estado. Esto fue sobre todo evidente en los Estados Unidos. Están, pues, prestos a abandonar en favor del Estado todos los poderes, todos los derechos. El Estado, por otra parte, está obligado a intervenir por razones sociales, para defender al explotado del explotador. Es un nuevo cetro que le es puesto en las manos. Más tarde se le conferirá el derecho de convertirse en empresario de las obras públicas, en director de los ferrocarriles, de la explotación de los canales, de las carreteras. Finalmente se le concederá de la misma manera, el atender a la asistencia pública, a la instrucción pública... Se reconstruirá al Leviathán de Hobbes. Se podrá pensar que la libertad, hermana de la igualdad, va a llegar a través de tal evolución. Nada de eso. La libertad recibirá ataques desde dos puntos diversos.

La libertad suele recibir golpes de los dos lados. En primer lugar de

los nuevos privilegiados, los nuevos aristócratas que son los burgueses, los nuevos ricos, los grandes empresarios, todas las gentes sin escrúpulos que se aprovechan de la libertad para oprimir a los trabajadores. Robespierre ya dijo: "Tengan cuidado de substituir la aristocracia del nacimiento por otra peor, la del dinero." Los gobiernos que se dicen liberales están igualmente dominados por los nuevos aristócratas y toman medidas opresivas contra los movimientos de liberación de los débiles. Los motines populares de 1834, 1848 y de 1870 fueron reacciones del pueblo que se daba cuenta que se había dado nuevos soberanos: gobiernos venales, banqueros, terratenientes, etc. . .

La libertad recibe otro golpe de ciertos grupos tales como sindicatos, los partidos políticos quienes oprimen a la minoría. "El Partido es el enemigo número uno de todo Gobierno", escribe Tocqueville. Es característico que un partidario del autoritarismo absoluto como Lenin haya precisamente establecido el Partido como base del sistema soviético. La libertad recibe también golpes de los anarquistas quienes por negación de todo límite a la libertad matan a esta misma libertad.

¿Cuáles son los remedios que pueden oponerse a esta evolución sumamente peligrosa de la democracia? Después de Bodin y de Montesquieu, Tocqueville nos propone la defensa o la creación de los grupos intermedios, sean políticos, económicos, artísticos, científicos. Todos ellos fortalecen el sentido social del individuo y constituyen un freno a la tendencia tiránica del Estado. *La religión constituye igualmente un freno al despotismo.*

Tocqueville pertenece a este gran movimiento en el cual participará St-Simon con el Nuevo Cristianismo. Fourier y el propio Taine. La sociedad democrática requiere de fe religiosa para protegerse. "Cuanto más vivo, escribe, menos advierto que los pueblos puedan prescindir de una religión. La religión garantiza el orden social. Si se puede dudar de la religión como verdad absoluta, no es posible en cambio dudar de su utilidad política." Y casi como St-Simon en el Nuevo Cristianismo, escribe aún: "Creeré antes en el advenimiento de una nueva religión, que en la prosperidad de nuestras sociedades modernas sin religión." Sólo ajustándose escrupulosamente a la moral religiosa, los gobiernos podrán ufanarse de enseñar la honradez a los ciudadanos a conocerla y a respetarla en todos sus actos. Todo este estudio científico sobre la evolución histórica de los pueblos hacia la democracia permite exponer un arte, lo que veremos en la segunda parte.

## *II. Tocqueville profeta.*

Aquí no se trata de interpretar ni de explicar. Basta con leer los textos. Cuando Tocqueville hace su viaje de estudio a los Estados Unidos, y recor-

demos que fue en 1831, dirige una mirada hacia el sur, ve a México y piensa en las relaciones que podrá haber entre el poderoso vecino del Norte y el del Sur, y escribe: "No debe dudarse de que los americanos del norte, están llamados a proveer un día a los requerimientos de los americanos del sur. La naturaleza ha puesto a unos cerca de los otros. Ella les ha dotado así de grandes facilidades para conocer y apreciar sus necesidades, para establecer (los del Norte) con esos pueblos, relaciones permanentes y ocupar gradualmente sus mercados. El comerciante de los Estados Unidos no podría perder esas ventajas naturales, sino en el caso de que fuese muy inferior al comerciante de Europa y, por lo contrario, él le es superior en muchos aspectos. Allende las fronteras de la Unión se extienden, al lado de México, vastas porciones territoriales aún escasamente pobladas. Los hombres de los Estados Unidos penetrarán en esas soledades, antes que quienes tienen el derecho a ocuparlas. Se apropiarán de la tierra, se establecerán allí en sociedad, y cuando el legítimo propietario se presente al fin, encontrará el desierto fertilizado y a los extranjeros en tranquilo disfrute de sus heredades".

La tierra del Nuevo Mundo pertenecerá al primer ocupante, y el imperio sobre ella será el precio del "descubrimiento." Los países ya poblados tendrán ellos mismos el deber de protegerse contra la invasión.

"He hablado antes de lo que ocurrió en la provincia de Texas. Cada día, los habitantes de Estados Unidos fueron introduciéndose poco a poco en Texas; adquirieron tierras y, acatando siempre las leyes del país, fundaron en tal región el imperio de su lengua y de sus costumbres. La provincia de Texas está aún bajo el dominio de México; pero pronto las cosas cambiarían. Cosa semejante ocurriría en los otros sitios en los que los angloamericanos entraron en contacto con poblaciones de distinto origen".

Pero Tocqueville es europeo. Aunque estuviera en los Estados Unidos, pensaba en Europa y en Rusia. En el mismo 1831, he aquí lo que escribía: "Existen hoy sobre la tierra dos grandes pueblos que, partiendo de puntos diferentes, parecen avanzar hacia el mismo fin: son los rusos y los americanos.

Los dos han crecido en la oscuridad y en tanto que las miradas de los hombres estaban dirigidas sobre otros lugares, ellos se vieron colocados de pronto en el primer rango de las naciones, y el mundo ha sabido casi al mismo tiempo de su nacimiento y de su grandeza.

Todos los otros pueblos parecen haber casi alcanzado los límites trazados para ellos por la naturaleza y no tener más que conservarlos, y cuando los dos primeramente citados están en crecimiento, todos los otros se han detenido o no avanzan sino a costa de esfuerzos mil. Aquellos son los únicos

que marchan con paso fácil y rápido, en una carrera de la cual el ojo no alcanza aún a advertir el final.

El americano lucha contra las barreras que le opone la naturaleza. El ruso está en disputa con los hombres. El uno combate contra el desierto y la barbarie. El otro pugna contra la civilización provista de todas sus armas. Las conquistas del americano son logradas con el hierro del arado que labra la tierra. Las del ruso con la espada del soldado. Para llegar a su meta, el primero se apoya en el interés personal y deja actuar, sin dirigir las, la fuerza y la razón de los individuos. El segundo concentra, por así decirlo, en un hombre, la potencia de la sociedad. El uno tiene como principal medio de acción la libertad. El otro la servidumbre. Su punto de partida es diferente, sus rutas son diversas. Pese a ello, cada uno de los dos parece llamado por un designio secreto de la Providencia, a tener un día en sus manos el destino de la mitad del mundo”.

Otro acontecimiento de gran importancia va a producirse. Francia pone el ojo sobre Africa del Norte, a la que va a conquistar. Tocqueville ha declarado abiertamente su hostilidad hacia las conquistas coloniales. “La más grande desgracia para un pueblo, es la de ser conquistado.” Sin embargo, aprueba la dominación francesa en Africa del Norte. Se le encuentra en Argelia en 1841. Sus previsiones, aquí, aún van a revelarse como sorprendentes. Contentémosnos con citar sus propias notas: “Es probable que si vamos a colonizar con europeos, tendremos la guerra.” “Los árabes llevan una vida muy pasiva, la cultura no les ocupa más de un mes, y el resto del tiempo se les pasa en conversaciones que avivan su espíritu y les dan agudeza de comprensión. Se obraría sabiamente sobre el espíritu de los árabes dándoles libros, porque se trata de un pueblo curioso e inteligente. Me parece ver, claramente, que desde el momento en que nosotros nos aprovechemos de nuestro ascendiente para colonizar, la paz cesará y la dominación será hostigada”.

Después de escuchar a un coronel, concluye: “Oyéndole exponer su sistema de colonización, yo me he preguntado cuál podría ser el porvenir del país y a donde llegaría finalmente esta cascada de injusticia, sino a la rebelión de los indígenas y a la ruina de los europeos. Lo que es verdad en toda el Africa es la violencia del poder militar y la antipatía ardiente del militar contra el civil, y he aquí otras fórmulas que no carecen de interés. Nosotros debemos al pueblo conquistado un buen gobierno; un poder que le dirija no sólo en el sentido de nuestros intereses, sino más bien en el del suyo; que se muestre atento a sus necesidades, que se ocupe de su bien-

estar, que vele por sus derechos; en una palabra, que le gobierne y no que tenga por único fin explotarle”.

En fin, él está contra la política de asimilación: “No forcemos a los indígenas a venir a nuestras escuelas, sino ayudémosles a construir las suyas, a multiplicar el número de maestros, a formar los hombres de leyes y los hombres de religión; que los cursos de lengua árabe sean de todo punto obligatorios. Sería poco prudente creer que debemos unirnos a los indígenas por la comunidad de ideas y de hábitos, si bien podemos hacerlo por la comunidad de intereses. El interés acerca a los hombres y es en este sentido que se hace necesario marchar”.

Es por esas razones, que el porvenir del mundo democrático aparecía bajo un manto un poco triste, a los ojos de Tocqueville: “Cuando considero el estado a que han llegado muchas naciones europeas y al que todas las otras tienden, me siento inclinado a creer que entre ellas no se encontrará dentro de poco más sitio que para la libertad democrática, para la tiranía cesarista. Para nadie habrá independencia, ni para el burgués, ni para el noble, ni para el pobre, ni para el rico, sino una tiranía igual para todos. Si no se consigue la distribución lógica del poder, retornaremos al poder ilimitado de uno solo”.

Veo, escribía, una gran multitud de mis semejantes, que se agita sin reposo a sí misma para procurarse pequeños y vulgares placeres con los cuales llena su alma. Cada hombre se aísla y se vuelve extraño al destino de los otros. Arriba, un poder inmenso que se encarga únicamente de asegurar lo que tiene en usufructo y de velar por su propia suerte. De la felicidad del ciudadano, ese poder va a ser el único agente. Se ocupa de todo lo que le concierne, de su seguridad, de sus necesidades, de sus negocios y de sus placeres. En la misma época, el gran poeta Charles Baudelaire escribía: “El mundo va a acabar. La imaginación humana puede concebir sin demasiado esfuerzo, Repúblicas o Estados comunitarios dignos de alguna gloria si son dirigidos por hombres sagrados o aristócratas. Pero la ruina universal se manifestará por el debilitamiento de las conciencias. Los gobiernos, para mantenerse y para crear un espectro de orden, se verán obligados a recurrir a medios que harían estremecerse a la humanidad actual, con todo y lo endurecida que ella está.” Tocqueville nos propone la conclusión:

“Yo pienso que los hombres de Estado democrático, tienen razón de dudar antes de intentar una revolución, porque vale más sufrir grandes incomodidades que recurrir a un remedio tan pelagroso”.

## SAINT-SIMON

Sobre el frontispicio de la Escuela de Agricultura de Chapingo, se puede leer esta frase: "Explotar la tierra y no al hombre." Ese pensamiento es de St-Simon.

Claudio Enrique de Rouvroi, conde de Saint-Simon, nacido en 1760, muerto en 1825, es uno de los hombres más curiosos de la historia. Es una mezcla sorprendente de sabio y de mago, de místico y de científico, de fino aristócrata y de revolucionario. El se llamaba a sí mismo el último de los aristócratas y el primero de los socialistas. Visionario, siempre le acompañó el sentimiento de que él tenía una misión divina que cumplir en la tierra. Había dado órdenes a su ayuda de cámara, de despertarle diciéndole: "Debe usted levantarse, señor conde, tiene usted grandes cosas que hacer." Muy joven, escribía a su padre: "Deseo realizar una obra útil a la humanidad." En otra ocasión, expresaría: "Príncipe, escuchad la voz de Dios, que habla por mi boca. Creo haber hallado un concepto del mundo, mejor que el de Bacon, de Newton y de Locke." Temperamento agitado, lo meten a la cárcel a los 13 años. A los 16 años, interrumpió sus estudios, y se alistó para tomar parte en la Guerra de Independencia de Estados Unidos. El sistema de libertad política y económica poco conocido en Europa, le impresiona vivamente como a Tocqueville. Aprovechando su paso por América, vino a México y propuso, sin buen éxito por lo demás, al virrey, construir un canal que uniese al Pacífico con el Atlántico. De Lesseps lo haría en Panamá, y Pemex, en 1960, ha publicado un estudio completo sobre el Canal de Tehuantepec. Saint-Simon retorna a Europa en 1788, siempre preocupado por la idea de las vías de comunicación, y propone nuevamente al gobierno español, otra vez sin triunfar, la construcción de un canal que de Madrid conduzca al mar. La importancia de las vías de comunicación, de las cuales hoy más que nunca depende todo el desarrollo de un país, será una de las ideas fijas de toda la escuela sansimoniana.

Sobreviene la gran tormenta de 1789. Electo presidente del Consejo Municipal de Flavy y anticipándose a la célebre noche del 4 de agosto, St-Simon exclama: "No hay ya más señores. Renuncio a mi título de conde." Idealista, St-Simon es igualmente realista. Se da cuenta de que, desgraciadamente, el

intelectual sin dinero y aún más, lo que él desea ser, un reformador social, está condenado a la impotencia. Para triunfar es necesario ser rico. Pero como el dinero no es sino un medio, precisa ir de prisa. El se volverá especulador, adquiriendo bienes nacionales que revenderá en excelentes condiciones, y así amasaría a los 30 años una gran fortuna. Se convierte en un Mecenas refinado, recibe a los sabios, a los poetas, a los músicos; recibe a su servicio al cocinero del Cardenal Berniz, al "maître d'hotel" del Duque de Choiseul, alterna con las más bellas damas, y se arruina. Por un salario irrisorio, se vio precisado a trabajar en el Monte de Piedad como copista.

Puesto en prisión bajo el Terror, sigue sin embargo confiando en su buena estrella. Carlomagno le visita frecuentemente en prisión y le confirma su destino excepcional. "Hijo mío —le dice—, tú tendrás como filósofo, la misma altura que yo he tenido como soldado".

El 9 Thermidor fue liberado; entonces se dio cuenta de que hacía falta una mujer en su vida. Había oído hablar de la célebre Madame de Staël. Se dirigió a Coppet, al dominio de la ilustre castellana y le declaró sin otro preámbulo: "Madame: vos sois la mujer más inteligente de Europa; yo soy el hombre más extraordinario; ¿queréis que seamos padres de un niño?". Pareció no entender, escribe a un amigo, y rehusó. No se desanimó y encontró una esposa efímera, con la cual tuvo un hijo idiota. Tornó de nuevo a la reflexión, y se dio cuenta de que para dominar a la realidad, es necesario conocer sus leyes. A los 35 años, St-Simon iría a recomenzar sus estudios, magnífica lección para los estudiantes y para los profesores. Siguió los cursos de la Escuela Politécnica y estudió medicina, economía, política, sociología, y filosofía, si bien se apasionó de la misma manera por las ciencias exactas, la física y las matemáticas, y trabajó sobre la gravitación universal. Penetramos en la era de las grandes publicaciones. En 1808, la *Introducción a los Trabajos Científicos del siglo XIX*; en 1810, *Trabajo sobre la Gravitación Universal y Bosquejo de una Nueva Enciclopedia*; en 1813, *Memorias sobre la Ciencia del Hombre*; en 1814, *Reorganización de la Sociedad Europea*.

En todos esos trabajos grandemente ambiciosos, los títulos lo expresan bien, St-Simon desea realizar una gran síntesis de todas las ciencias. Se deberían, escribe, organizar las ciencias dentro de un cuerpo único y universal, y reunir a los sabios en una suerte de clero jerarquizado bajo la égida de un Concilio de Newton. Pero se da cuenta, haciendo camino, de que su proyecto es demasiado ambicioso. Se limitará a estudiar la ciencia general del hombre. Escribirá una memoria sobre la fisiología aplicada a la mejoría de las instituciones sociales. "Es considerando como fenómeno fisiológico

nuestras relaciones sociales, que he concebido el proyecto siguiente". En efecto, él pone todas las bases de una filosofía positiva y de una sociología. Pero precisamente el estudio de la sociología, muestra que la parte más importante está constituida por la economía política, la ciencia de la riqueza. St-Simon va a ocuparse de eso y desarrollará el tema de la producción, problema central, problema único, según él, de las sociedades modernas. El único soberano, es la industria. El género humano está compuesto de productores asociados, para colaborar al acrecentamiento de la riqueza social. 1,400 años de observación, permiten asegurar que la sociedad no tiene sino un objeto: la industria. 150 años más tarde, el gran escritor francés Raymond Aron le dará por completo la razón, al escribir: "Un viaje al Asia me ha convencido de que el concepto mayor de nuestra época es el de la sociedad industrial. Europa, vista desde Asia, no está integrada por dos mundos fundamentalmente heterogéneos, el mundo soviético y el mundo occidental; ella está hecha de una sola realidad, la civilización industrial. Las sociedades soviéticas y las sociedades capitalistas, no son sino dos especies de un mismo género, o dos modalidades del mismo tipo social, la sociedad industrial progresiva".

Pero toda esta doctrina económica y política de St-Simon, tiene una base filosófica. "Todo régimen, escribe en 1813, no es más que una aplicación de un sistema filosófico; es por ello que hacia tal lado nosotros debemos mirar primero, si deseamos comprender su obra".

### *La Doctrina Filosófica de St-Simon*

El fin que persigue nuestro autor, es el de establecer un sistema de filosofía científica sobre el cual será posible reorganizar la sociedad. La filosofía debe revelar con certidumbre a la humanidad su porvenir, y justificarla en su marcha por el pasado, porque el estudio del pasado permite prever con seguridad el porvenir. Desgraciadamente y esta comprobación nos parece hoy aún válida en 1963; la ciencia es bien positiva cuando se trata de la física o de la química, pero continúa siendo metafísica al tratarse del hombre y de la sociedad. Cuando se trata de la política y de la economía política. Se busca pues arrancar a la historia la ley de las sociedades humanas, porque la historia no es una novela, sino una ciencia positiva.

St-Simon ha leído los discursos de Turgot en la Sorbona, y el *Cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* de Condorcet. Mas él va a renovar sus ideas de tal manera, que se puede decir que él es el padre del

positivismo antes de Comte, que fue su discípulo. La historia no es anárquica, obedece a las leyes. ¿Cuáles son esas leyes?

Su característica fundamental es que ella se desarrolla en ciclos de los cuales los períodos son radicalmente opuestos. Durante ciertos períodos llamados orgánicos, se ve realizada una unidad de las teorías, de las creencias y finalmente de la acción. Se asiste a la construcción de un edificio coherente, armonioso, en el cual la religión domina.

Progresivamente se producen fallas en el edificio, las divergencias aparecen. La fase crítica va a nacer. Ese será un período de negación, de destrucción, de confusión, de desorden. Hay un abuso de las especialidades, de investigaciones aisladas. No habrá una gran síntesis. La irreligión domina. Todo es reconocible en el trazo dominante de nuestra época. Pero este período crítico, tendrá fin por sí mismo; otras ideas aparecerán, lo que dará lugar a una gran construcción que, finalmente, será un edificio armonioso. Esta fase, siguiendo el mismo esquema ahora conocido, no durará. El nuevo edificio será a su turno abatido, durante el período crítico. Así se realiza el progreso con los restos del pasado, del cual el estudio nos permite conocer los elementos en germen para el porvenir. El progreso es detenido por los antagonismos sobre las ruinas, de los cuales la unidad se logra progresivamente.

Existen primeramente los antagonismos político-sociales externos, entre las naciones de las cuales las guerras constituyen los trazos más característicos, e internos en el seno de la nación, en la sociedad: la explotación del hombre por el hombre, la existencia de una clase de explotadores y de una clase de explotados. En la familia, hay explotación de la mujer por el hombre. Se ven ya, bien expresadas, todas las bases de la teoría marxista y los términos futuros de la evolución.

Antagonismos filosóficos por otra parte, entre la carne y el espíritu, que se traducen en la lucha entre lo material y lo espiritual, entre la Iglesia y el Estado. Será preciso esperar al Padre Teilhard de Chardin, para tener un ensayo de síntesis entre la carne y el espíritu. Toda la historia del siglo XIX, fue la lucha entre la Iglesia y el Estado, hasta el establecimiento de los acuerdos entre el Vaticano y los diferentes gobiernos para llegar a un "modus vivendi". Es la realización de una de las profecías de St-Simon. Ahora bien todos estos antagonismos deberán resolverse en la asociación universal. En lo interior, todos los hombres serán unidos para una producción social, sin distinción de clases. El Estado y la Iglesia no lucharán más, sino que se unirán dentro del cuadro de un nuevo cristianismo. En lo exterior, los pueblos crearán una gran asociación internacional. Se acabarán las

guerras, la humanidad cumple lentamente la ley a la cual está sometida, para alcanzar su finalidad definitiva: la asociación universal. Antes de Hegel y de Marx, había aparecido expuesta toda la tesis del determinismo histórico. La verdadera causa de la decadencia del régimen feudal, dice St-Simon, no fue la crítica de los filósofos sino la lenta ascensión de una nueva civilización orgánica individual. El porvenir es una consecuencia necesaria, un efecto inevitable, un resultado actual del pasado. Sin remontarse demasiado lejos en la historia, St-Simon demostró que a la unidad del Imperio Romano del período clásico sucedió el período crítico de su caída, después el período orgánico instaurado por Carlomagno lo que culminó en la Edad Media orientada en torno al cristianismo y al poder militar, estas dos partes de Dios, el Papa y el Emperador, como escribió Víctor Hugo en una admirable síntesis poética.

Con el siglo XVIII se abrió una fase crítica de la cual no hemos aún salido. Todo el trabajo de hoy consiste en poner las bases de una nueva fase orgánica, de la que el eje será el progreso científico con todas sus aplicaciones prácticas. Podemos verificar que a las sociedades primitivas, militares, fundadas sobre la fuerza y el privilegio, ha sucedido una sociedad de juristas que abundan en 1789 y bajo Napoleón. Va entonces a atenderse a la organización por la codificación. No se ve que la realidad social económica escapa completamente al cuadro jurídico dentro del cual se pretende encerrarla. El legislador y el metafísico no captan el punto fundamental. La *sociedad moderna esencialmente industrial*, debe ser establecida en función de la producción. Al gobierno de los señores y de los militares, abolido por la Revolución de 1789 y reemplazado por un gobierno de legisladores, precisa sustituirlo por un régimen de industriales, de sabios y de artistas. Aquí, desembocamos en la doctrina político-económica de St-Simon.

#### *Doctrina Político-Económica*

La evolución de las sociedades, científicamente estudiada, demuestra que hemos arribado a una fase industrial. La dicha de la humanidad depende únicamente de la producción de riquezas y su organización, y ya no de la guerra o de la legislación. Subrayemos en seguida, que el camino es exactamente el mismo que el de Tocqueville quien, del estudio de las sociedades bajo el antiguo régimen y en la edad democrática, pretendía extraer las leyes de los regímenes políticos modernos. La felicidad de la especie humana depende únicamente de la producción de riquezas y de su organización, repitamos, y no ya de la guerra, de la legislación o de los políticos. Para-

fraseando a St-Simon, un autor escribía recientemente en los Estados Unidos: "¿Quién ha contribuido más a la dicha de millones de ciudadanos, Ford o Roosevelt, Renault o León Blum?". La historia demuestra que la clase industrial ha adquirido sin cesar más importancia y que es la más útil. Para St-Simon, el género humano está compuesto de productores, asociados con vistas a colaborar en el acrecentamiento de la riqueza social. "La sociedad entera reposa en la industria, única garante de su existencia, fuente única de todas las riquezas y de toda prosperidad. Lo que es más favorable a la industria, resulta lo más favorable a la sociedad". Después, el autor expone su famosa parábola:

"Supongamos que Francia pierde súbitamente a sus mejores físicos, químicos, fisiólogos, banqueros, negociantes, agricultores. Como esos hombres son los más esencialmente productores, la nación se convertiría en un cuerpo sin alma desde el instante en que los perdiera y caería inmediatamente en un estado de inferioridad hasta en tanto que no reparara la pérdida, hasta en tanto que no hubiera recobrado su cabeza".

He allí la primera parte de la parábola. Pasemos a la segunda. Supongamos que Francia conserve a todos los hombres de genio que posee en las ciencias, en las bellas artes, en las artes y en las profesiones, pero que tenga la desgracia de perder el mismo día a la familia real y, al mismo tiempo, a todos los ministros, a todos los mariscales, a todos los Cardenales, Arzobispos, Obispos, a todos los Prefectos y Subprefectos, a todos los funcionarios de los ministerios y aún más, a los diez mil propietarios más ricos entre los que viven noblemente (es decir, sin profesión), este accidente afligiría ciertamente a los franceses, porque ellos son buenos, pero tal pérdida no causaría pesar más que bajo el aspecto sentimental, porque no resultaría de ella ningún mal político para el Estado.

La conclusión, se la adivina fácilmente. Nosotros no vivimos ya una época política, sino una era industrial. Los que se interesan en la política viven en el pasado y no ven la realidad. Es por lo que son incapaces de aportar una solución a los problemas modernos. La mejor prueba es que a despecho de las afirmaciones mil veces repetidas de libertad y de igualdad, los obreros en el mundo entero viven bajo una verdadera esclavitud.

Se les engaña con palabras, se toma la forma por el fondo y las palabras por los hechos. De hecho, escribía St-Simon, ninguna democracia ha realizado la justicia. Nos está dentro del cuadro económico y político existente. Es suficiente saber, que se ve como normal nombrar como Prefecto de un Departamento productor de algodón, a un funcionario que todo lo ignora

acerca de tal actividad. Es tanto como si se nombrara Obispo a un coronel de húsares...

Una organización económica y social no se hace con sentimientos y con leyes, sino con estudios razonados de la realidad, porque tal organización no es militar, ni política, ni metafísica, sino industrial. Para reorganizar la sociedad, precisa pues instaurar un nuevo régimen. Este será el de la industrialización. Nuestro autor expondrá sus teorías en 1817 en "La Industria", y en 1823 en "El Catecismo de los Industriales". ¿En qué consiste este sistema? El industrialismo.

Primeramente es necesario suprimir las clases sociales. Nada de aristócratas, de burgueses, de obreros, de clero, solamente trabajadores. Los ociosos desaparecerán. No existe, escribe, derecho alguno a la ociosidad. Será realizada la igualdad absoluta desde el punto de partida. Estamos sin embargo muy lejos del comunismo, porque, dice St-Simon, la desigualdad es natural y ella existirá también bajo el industrialismo. La justicia y el interés social exigen que haya diferencias según las capacidades, y de allí la gran fórmula de organización de la producción: "A cada uno según sus capacidades". Los instrumentos de producción serán pues dirigidos por los más capaces. La fórmula de repartición: "A cada uno, según su obra", es decir que cada uno recibirá un salario proporcional a su posibilidad de producción, a su aportación a la sociedad. Subrayemos en seguida que el mundo, capitalista o socialista, se asocia hoy enteramente a esta fórmula; en París, en Moscú, como en Washington o en Pekín, el salario es proporcional al rendimiento del obrero, es decir a su aportación a la obra de la producción. Estas dos fórmulas satisfacen a la ley del interés personal, porque percibiendo cada uno el fruto de su trabajo, se interesa en trabajar mucho, y se satisfacen igualmente los intereses de la sociedad, puesto que es ella la que en definitiva consume lo que ha sido producido, y porque la emulación entre los hombres multiplica la producción. El capital no desaparece, porque es necesario a la producción, y St-Simon no se opone a que perciba intereses. Pero no nos equivoquemos en esto, sus preocupaciones son para los productores, los industriales y no para los propietarios. El ataca violentamente a los ociosos, que viven de sus rentas sin trabajar.

Veamos pues, prontamente, el primer punto: la organización de la producción. La fórmula de St-Simon es: "A cada uno según sus capacidades", ello conforme al ideal democrático, puesto que en el Estado simoniano, no importa quién pueda llegar a los puestos de mando más altos, si él es capaz. ¿Pero cómo se reconoce a los más capaces? Es el sistema liberal. Existe una solución automática: los malos jefes son eliminados por la quiebra. En el sistema

colectivo, ¿cómo se hará eso? Este problema de la selección de los jefes, es uno de los puntos más difíciles de resolver dentro de un régimen socialista. St-Simon dudaba. Pensó primero en el voto, pero, como buen profeta, desconfió de los errores de la democracia. Vio las luchas destructivas, negativas de los partidos, de los Montagnards, de los Girondinos, los golpes de fuerza de los partidos mayoritarios o minoritarios, y supo así que el sufragio universal no permite descubrir a los mejores hombres. “¿Cómo, escribió, un ignorante podría designar, jefes idóneos?” Y al contrario, ¿por qué los que no conocen la industria negarían su confianza a dirigentes designados por los más competentes en materia científica? Opinión muy prudente, nos parece. Como, en un parlamento, un abogado, un médico, un agricultor, podrían seriamente emitir opinión sobre la conveniencia de un nuevo tipo de avión comercial, sobre el interés de un centro atómico, la construcción de una presa que son precisamente los grandes problemas industriales que es preciso resolver en la edad industrial.

Y, qué admirable profeta es St-Simon cuando habla de las espantables atrocidades que entraña la aplicación del principio de igualdad llevando al poder hasta las manos de los ignorantes. Sin embargo, él ve bien que en una edad democrática, es decir, como bien lo vio Tocqueville, sedienta de igualdad, será difícil aceptar la autoridad de los jefes. St-Simon hallará recurso en la religión, que hará zozobrar la escuela Saintsimoniana. Los grandes capitanes de industria serán los apóstoles de la nueva religión, porque el ve que al lado de las fuerzas materiales y de la técnica, es necesaria una fuerza espiritual. Los regímenes totalitarios lo han visto bien, ensayando el crear una mística de la producción. Hitler, Mussolini, Mao Tse Tung, todos ellos han apelado a una suerte de fe religiosa en los jefes, para asegurar su autoridad, ya una mística de la producción para un máximo de rendimiento. Esa es exactamente la tesis de St-Simon.

El antiguo discípulo de D'Alembert escribirá un Nuevo Cristianismo. La religión no puede desaparecer, ella no hace más que transformarse. La producción moderna será organizada bajo la égida de este sacerdocio. El Estado Saintsimoniano, tendrá pues una religión. El catolicismo está, según él, inadaptado a las necesidades sociales modernas, en particular a la producción. La moral cristiana no da bastante importancia a las masas desheredadas. Pero la religión es indispensable. Es el órgano de la unidad del pensamiento y de la acción. Se reconoce aquí la influencia de dos grandes escritores: Bonald y J. B. de Maistre. Algunos minutos antes de morir, dirá St-Simon a su discípulo Rodríguez: “Atacando al sistema religioso de la Edad Media, se ha precisado únicamente que no estaba en armonía con el principio de

la ciencia positiva. Pero se ha cometido el error de concluir de eso, que debía desaparecer. La sociedad ha tenido siempre como condición de su existencia, la religión." Sin ella, no tiene equilibrio la producción.

La producción, llave de la sociedad, establecida siguiendo la nueva fórmula de "a cada uno según su capacidad", fórmula de producción, y "a cada capacidad según su obra", fórmula de distribución, asentada sobre la religión, permite a los jefes asegurar su autoridad, y así el nuevo Estado debe funcionar correctamente.

El Estado político, del cual la principal función es impedir la lucha entre los intereses individuales, pierde pues mucho de su utilidad. No habrá ya más gobierno regulando la acción de los hombres sobre los hombres, sino únicamente una administración que regirá la acción de los hombres sobre las cosas. En el catecismo de los industriales, él escribiría: "La especie humana está destinada a pasar del régimen gubernamental o militar al régimen administrativo e industrial." La nueva sociedad no será gobernada, sino administrada. El gobierno no será sino el encargado de negocios de la sociedad. La antigua sociedad era gobernada por hombres. La nueva, sólo será gobernada por principios. Aquella será sustituida por un Estado nuevo que no se ocupará más que de la producción y de la economía. Existe sin embargo un Parlamento, pero de forma muy nueva y muy especial, compuesto de tres cámaras:

- 1º) La Cámara de Invención, compuesta de ingenieros, de arquitectos, de artistas. Ella prepara los proyectos.
- 2º) La Cámara de Examen. compuesta de sabios, que verifican los proyectos de la primera.
- 3º) La Cámara de Ejecución, formada de representantes de la industria y de la agricultura, cuya función consistirá en realizar los grandes planes de trabajos públicos y también los de educación y organismos de recreos.

Se advierte la notable anticipación, sobre todos los organismos económicos como el Consejo Nacional Económico en Francia y en México, y los muchos que existen en la U.R.S.S. Se ve, igualmente, la idea de las grandes obras públicas, la idea de los grandes planes concernientes a la educación y a ocupar la gente en los momentos de descanso.

Este Estado renovado será una gran potencia industrial. Establecerá un plan general de trabajo y aportará los capitales. Los bancos tienen pues

un papel de primer orden, porque son ellos los que permiten la realización de los grandes descubrimientos técnicos. Hoy, los bancos realizan un trabajo anárquico y egoísta. La repartición de los créditos no es hecha siguiendo las necesidades de los solicitantes. Son los que poseen capitales, quienes deciden prestar, de acuerdo con su propio interés. Ellos prestan sobre garantías materiales, y no todo lo que requieren los demandantes. Explotan vergonzosamente a los trabajadores. En realidad, los bancos hacen poco por satisfacer las inmensas necesidades sociales.

En el Estado Sansimoniano existirán una banca central y bancos subordinados, especializados y jerarquizados, que inyectarán el crédito en los órganos de circulación, siguiendo un plan de conjunto. Es necesario reconocer que es exactamente en este sentido que todos los países se han orientado, desgraciadamente con gran lentitud, que habría podido ser evitada con sólo leer y releer a St-Simon. Y es exactamente este sistema el que funciona en la U.R.S.S. Es también, de cierto, el que funcionará de aquí a poco en países de tipo liberal como Francia y México.

Todos los problemas económicos, los únicos reales, están resueltos y se podría pensar que el gobierno político se ha tornado inútil. "No, dice St-Simon. Es necesario sin embargo, tener un gobierno." La razón es que, como lo hemos ya indicado, los organismos sociales no se desarrollan siguiendo el mismo principio de los cuerpos animales, es decir, de manera automática. Precisa organizarlos. Si se deja a las cosas ir por sí mismas, se llegará a la explotación del hombre por el hombre, fórmula de la que él es el creador. Pero si se organiza, el peligro está en llegar a la tiranía. Y he aquí propuesto ya el gran dilema de la época moderna, la libertad conduce a la explotación del hombre por el hombre; la organización entraña el peligro de conducir muy rápidamente a la tiranía.

Es necesario, pues, hallar una solución entre la organización de la sociedad y la emancipación del hombre. St-Simon piensa que por la industrialización se puede resolver el problema, y un siglo antes, François Perroux había declarado que la explotación del hombre por el hombre cesará cuando todas las naciones se unan para una explotación lógica de las riquezas humanas, y cuando las fuerzas naturales del planeta sean utilizadas para organizar al globo por entero.

En *La Reorganización de la Sociedad Europea*, aparecida en 1814, él escribió en el subtítulo: "O de la necesidad y de los medios de organizar los pueblos de Europa en un solo cuerpo político conservando su independencia a cada uno." Es exactamente el programa del general de Gaulle en

1963. Y St-Simon propone la creación de un Parlamento europeo. “Todas las naciones de Europa, escribía, deben ser gobernadas por un Parlamento nacional y concurrir a la formación de un Parlamento general que decidirá sobre los intereses comunes a la Sociedad europea”.